

VIAJE A NADSGAR III

LA LÁGRIMA PERDIDA

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico
Dirección editorial: Ángel Jiménez

Primera edición: xxxxxxxx, 2017

Viaje a Nadsgar III
La lágrima perdida
© Alejandro Barrero
© éride ediciones, 2017
Collado Bajo, 13
28053 Madrid

éride ediciones

ISBN:
Depósito Legal:
Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico
Imprime: xxxxxxxxx

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Este libro protege el entorno

ALEJANDRO BARRERO

VIAJE A NADSGAR III

LA LÁGRIMA PERDIDA



éride ediciones

Para dar ingredientes a los insensatos para que sigan soñando. Para salvaros de la realidad. Para revelaros la curiosidad que mató al gato. Para mostraros dónde los sueños se convierten en mundos. Para sacaros de vuestros pensamientos y que recorráis mis anhelos. Para haceros creer en lo imposible. Para concederle magia a los locos. Para manteneros con un ojo abierto y el otro soñando.

Para todos vosotros, lectores, disfrutad de la aventura.

Querido lector:

Como bien recordarás, la trama de Viaje a Nadsgar se trata de una historia muy compleja con multitud de personajes e historias aparentemente secundarias que confluyen en un mismo argumento principal.

La primera entrega, Con el Diablo no se juega, no es más que una pequeña historia contenida en la segunda parte, El beso de la leónida. Asimismo, esta que tienes entre las manos, La lágrima perdida, no es solamente un desenlace, sino que da una visión más amplia y completa de toda la historia.

El objetivo de estas líneas es recomendarte encarecidamente que antes de leer esta última parte te asegures de tener fresco el argumento de las otras dos novelas. Tan sólo de esta manera podrás entender y disfrutar plenamente de la lectura. De otro modo, probablemente te pierdas entre letras y párrafos sin remedio. Aun así, como en las otras novelas, cuentas con dos anexos para ayudarte: el mapa de Vinorg, que está al principio del libro y un glosario con todos los personajes, al final.

Ya, por último, desearte de corazón que disfrutes muchísimo de Viaje a Nadsgar III: La lágrima perdida.

Alejandro Barrero Santiago

Índice

Prólogo. Un trueno en la noche	15
1. Serendipia	19
2. Recuerdos robados	45
3. Vuelta al mundo de los sueños	61
4. Una cálida bienvenida	79
5. En marcha	109
6. Las cartas sobre la mesa	121
7. Una hechicera en la Taberna de los Susurros	143
8. Los grikker	157
9. Dos retrasos	179
10. Recuento de daños	187
11. Limerencia	203
12. Perdonar es cosa de Dios	211
13. Tiempos de Erkans: El príncipe que jugó con el Diablo.....	231
14. Pesadilla en la noche	245
15. Tiempos de Erkans: Una partida antes de partir	259
16. Cómo pescar una carpa	263
17. Tiempos de Erkans: La separación de las lágrimas	289
18. Abeja traicionada	295
19. Tiempos de Erkans: Homúnculo	313
20. El regreso del príncipe de los elfos	325
21. Tiempos de Erkans: Una sardina y un ave	355
22. El monasterio de lo alto del desfiladero	363
23. Tiempos de Erkans: La loba de Turuán	387
24. De inspiración, plantas y pájaros	399
25. Tiempos de Erkans: Tiempos de cambio	423
26. Trueno en la noche	433
27. Eruseu	457
28. Esclavas en el cielo	471
29. La cuna de una mentira	499
30. Guardián de la ilusión	509
31. Tiempos de Erkans: Lágrimas de cristal	551

32. Otro año más.....	559
33. Calamitas virtutis occasio est	589
34. Sólo si bailas conmigo	593
35. Las guerras Gyuran	623
36. «Ro Tara	651
37. Calma que precede a la tempestad	659
38. Sólo por mis compañeros	689
39. Tiempos de Erkans: Huérfano	739
40. Pulso al fracaso	743
41. El último sueño del erkan	769
42. Nuevos tiempos de erkans: El fin del Viaje	795
Epílogo. Inmarcesible.....	805

Mapa del Reino De Vinorg



Prólogo,

Un trueno en la noche

—Supongo que desde el mismo momento en el que la vi aparecer me temí que aquella mujer no traía nada bueno consigo. Su fuerte perfume, sus elegantes vestiduras y su penetrante mirada hicieron que reparara en ella de inmediato. Simplemente destacaba entre la multitud. Era imposible no fijarse en ella. La identifiqué como una hechicera nada más la hube visto un poco más de cerca. Era muy hermosa. Una belleza que rozaba lo innatural. Se notaba que más de un hechizo estético había perfeccionado aquel rostro. Por si fuera poco, sus ojos eran del color de la misma plata.

—¿Qué pasó después?

—Ella era el foco de atención de todas las miradas. Y lo sabía. Ella era perfectamente consciente. Me atrevería a decir que eso le gustaba. No llegó a sonreír, pero por una sibilina mueca que la traicionó supe que se sentía estupendamente. Sin embargo disimulaba, como si no se percatara o no le importara.

—¿Todo esto ocurrió en la calle?

—Efectivamente. Sería mediodía.

—¿Dónde fue ella a continuación?

—Vi que se detuvo a hablar con un par de guardias. De lejos se veía que ellos estaban incómodos en su presencia. No sabría decir si por su despampanante hermosura o por su condición de hechicera.

—¿Pudiste oír algo de lo que hablaban?

—Nada en absoluto. Yo observaba todo desde lejos. Además, el bullicio de la gente en la calle era bastante alto. Sin embargo, por sus expresiones adiviné que ella preguntaba algo. Los guardias se miraron entre sí, como decidiendo quién de los dos iba a contestarla mejor. Conversaron unos segundos más y finalmente uno de ellos comenzó a hacer indicaciones con el brazo, como dándole una dirección. Sin ni siquiera una sonrisa ella continuó su camino.

—¿Le acompañaba una lechuza?

—A la lechuza no la vi hasta mucho después.

—¿Qué pasó cuando ella continuó su camino? ¿La seguiste?

—Sí. Realmente en ese momento no supe por qué razón. Sin embargo la seguí, observándola desde lejos. Tras callejear un poco, llegó hasta el monasterio. Avanzó hacia sus puertas. Yo pensé que iba a entrar dentro y simplemente esperé a que desapareciera tras sus puertas. Pero ella no llegó a entrar. Se detuvo ante los portones mirando hacia el cielo. Al rato me di cuenta de que lo que miraba en realidad era la estatua que había esculpida sobre la entrada. Tras observarla un rato se dio media vuelta. A todo esto, yo seguía observando todo, como un espectador externo, como alguien escuchando un relato, sin darme cuenta de que yo era partícipe de ese mismo contexto. Ella, volviendo hacia las calles, se fue aproximando hacia donde yo estaba. Cuando me quise dar cuenta ya era demasiado tarde. Dándose cuenta de que yo la miraba, cruzó su mirada conmigo y se acercó.

—¿Puedes describir su expresión en ese momento?

—No puedo. Cuando posó sus ojos de plata en mí me sentí paralizado. Hay un par de minutos que no puedo recordar nítidamente debido a mi nerviosismo.

—¿Qué te dijo?

—Me preguntó dónde podía encontrar a un monje. Sorprendido por la pregunta, le respondí que en el monasterio, naturalmente. Tras meditarlo un momento, me preguntó si tenía un cuenco de metal, sal, media manzana y aceite. Aunque me sonó extraño no pude evitar acceder, en gran parte debido a mis nervios. No me había dado cuenta y ya estábamos en mi casa, cinco minutos después.

—¿Le proporcionaste el cuenco, la manzana y los condimentos?

—Sí.

—¿Para qué los utilizó?

—Para hacer un conjuro. En la mesa de mi propia cocina. Llené el cuenco de agua y vertió la sal, el aceite y las pepitas de la manzana. A eso le añadió el contenido de un par de frasquitos que llevaba consigo. Al rato, pronunció unas palabras y se quedó mirando fijamente el resultado. Yo, asustado, miraba por encima de su hombro. Entonces en el agua se materializó una imagen. Era una habitación y en ella había una muchacha joven de cabellos rojizos y pecas.

—Estaba haciendo una llamada. Esa muchacha pelirroja era Margra Etraus, profesora de Misticismo y de Botánica en la EHM. ¿Pudiste oír algo de la conversación?

—Nada en absoluto. Apenas hubo comprobado que lo que se traía entre manos funcionaba se giró hacia mí. Extrajo una varita de algún sitio de sus vestiduras y me durmió.

—¿Sabes cuántas horas estuviste dormido?

—No puedo saberlo con exactitud, pero cuando me desperté el sol ya se había esfumado de cielo. Aun así, todavía entraba algo de luz por las ventanas. Por supuesto ella ya no estaba en casa, tan solo dejó sobre la mesa el cuenco metálico con aquel mejunje y una moneda de oro.

—¿Qué ocurrió a continuación?

—Estuve unos minutos tratando de ubicarme y de recordar todo lo que había pasado. Fue entonces cuando se me ocurrió salir a la calle para que me diera el aire. Había poca gente ya y los que quedaban fuera tenían pinta de querer irse a sus casas.

—¿Qué fue lo que te hizo ir al monasterio?

—Un trueno.

—¿Un trueno?

—Sí. Se oyó un trueno. Sin embargo, aunque oscuro, el cielo estaba despejado. Creí que el sonido provenía del monasterio y, pensando en la enigmática mujer, se me ocurrió ir allí.

—¿Estaban las puertas abiertas cuando llegaste?

—No. Estaban cerradas. Pero no habían cerrado con llave y se podía entrar.

—¿Hubo algo extraño?

—Sí. El monasterio estaba completamente desierto. No había nadie.

—Estamos dando por sentado que hablas del edificio antiguo, ¿cierto?

—Así es.

—Gracias. Puedes continuar.

—En ese momento me quedé de pie, en silencio. Sabía que algo no iba del todo bien, pero en ese momento no era capaz de pensar en qué. Aunque mi plan inicial era quedarme allí, inmóvil, sin saber cómo reaccionar oí el chillido de una mujer.

—¿Estás completamente seguro que fue de mujer?

—Completamente.

—¿Crees que ese chillido pudo ser de la hechicera?

—En ese momento fue lo primero que pensé. Sin embargo, no tengo fundamentos.

—¿Qué ocurrió después del grito?

—Aunque al principio el miedo me paralizó, traté de ir en auxilio de la hechicera.

—Habías dicho que no podías saber si se trataba de la hechicera.

—En ese momento pensaba que era ella.

—Continúa.

—Entonces fui corriendo hacia la Torre del ala Este y subí los peldaños tan rápido como pude.

—¿Te cruzaste con alguien en tu camino?

—No. Todo estaba vacío.

—¿Cómo supiste que el grito venía de la Torre del ala Este?

—Tuve la sensación de que era en un piso superior.

—Podía haber venido de cualquier otro lugar. Puede que de la otra torre. O puede que incluso desde el campanario. ¿Por qué la Torre del ala Este?

—No lo sé.

—Vale. ¿Qué fue lo que viste allí?

—Sangre. Mucha sangre.

—¿Había alguien en la habitación?

—No, nadie. Todo estaba desordenado. Como si hubiera habido una pelea. Todas las ventanas estaban rotas y muchos muebles estaban tirados por el suelo.

—¿Qué más había, además de la sangre?

—Una capa morada, podría jurar que la misma que llevaba la hechicera. Estaba rasgada y manchada de sangre.

—¿Algo más?

—Sí. El cadáver de una lechuza blanca.

—¿Había algo fuera de lo común en ese cadáver?

—No lo sé.

—¿Algo más?

—No.

—Muy bien... —concluyó el corregidor Gruge Matura—. En vista de los sucesos, Yldar, hijo de Sus, quedas arrestado como principal sospechoso del asesinato de Dhú Coverte.

1. Serendipia

Mucho antes del asesinato de Dhú Coverte.

En un lugar muy lejano, en un dirigible a muchos pies sobre el suelo.

En la lúgubre habitación reinó la calma por un momento. Cualquiera que hubiera echado un rápido vistazo a su alrededor habría determinado sin problema que se hallaba en el interior de un laboratorio.

Los anaqueles de las estanterías estaban repletos de múltiples frasquitos de diversos tamaños y colores que se apiñaban los unos contra los otros. Junto a cada frasquito, una desgastada etiqueta donde una pequeña palabra, de pésima caligrafía, anunciaba ilegiblemente el nombre de lo que contenía en su interior.

Además de en las estanterías, los frasquitos incluso poblaban por completo las dos espaciosas mesas que había en el modesto laboratorio. Probetas cuyo contenido casi desbordaba se encontraban peligrosamente cerca de un gran matraz de vidrio que contenía algo efervescente que, de vez en cuando, dejaba exhalar una nubecilla púrpura. No muy lejos de él, un embudo dejaba caer, gota a gota, un líquido que al hacer contacto con un viscoso brebaje también dejaba escapar un humillo, en esta ocasión negro.

En el techo del laboratorio, ambos gases confluían en una apesotosa nube oscura, cuya pestilencia hacía precisamente que dos de las tres personas que se encontraban allí tuvieran que llevarse la mano a la nariz con evidente desagrado.

—Señor Yelgán, este olor es nauseabundo —estalló por fin uno de los presentes, tras un largo minuto de silencio—, o nos dice de una vez por qué nos ha congregado o la reunión tendrá que ser forzosamente en otro lugar.

—Me temo que Cauros tiene razón, señor Yelgán, este olor es inaguantable. No se ande con misterios, por lo que más quiera, y sáquenos ya de dudas.

—Una serendipia, caballeros —anunció Clabele Yelgán sonriendo lentamente—. Se trata de una maravillosa serendipia.

Clabele Yelgán era un hombre enjuto y no muy alto que llevaba unas enormes lentes que tapaban la mitad de sus facciones. Quizás, si se esmerara un poco más en mantenerlas limpias su rostro resultara un tanto menos misterioso, pero era tal la cantidad de porquería allí acumulada que las lentes eran prácticamente opacas. Sus rubios cabellos caían lacios y sin brillo hacia abajo, como si llevara un viejo peluquín. Sus ropas, que jugaban con tonos verdes y grisáceos, estaban claramente pasadas de moda —incluso para la época de su propio padre, se entiende— y necesitaban un urgente lavado y planchado.

Sin embargo, ni sus gigantescas lentes, ni su aparentemente artificial cabello, ni su ropa de abuelo lograrían que alguien no se fijara en el detalle más llamativo de Clabele Yelgán. Y resultaba que el extravagante alquimista tenía un brazo completamente hecho de metal.

—¿Y se puede saber qué diantre es eso? —preguntó Cauros de mala gana.

—¿Una serendipia? —volvió a repetir Yelgán con una mirada maliciosa, como encontrando divertido que el general desconociera la palabra.

—Una serendipia es un hallazgo sorprendente e inesperado que se produce mientras se busca una cosa completamente diferente —aclaró el otro hombre que se encontraba en la sala, manteniendo la mirada fría al alquimista, demostrando que no estaba dispuesto a dejar que se regocijara en la ignorancia del general.

—Señor Medani, sabía que usted rápidamente conocería el término —se alegró Yelgán sonriendo ampliamente al hechicero—. Resulta que mis inútiles intentos por reproducir el mutante *Gri* han desembocado en algo bien distinto.

—¿Y de qué se trata? —inquirió Samoguna Medani, tratando de que Yelgán fuera al grano antes de que a Cauros se le agotara la paciencia.

—Se me fue la mano y vertí sobre el experimento una probeta de mukkle lila por error.

—No... —comentó Cauros, teatralizando con sarcasmo.

—Al principio pensé que iba a explotar —continuó sin hacer caso del comentario—. El líquido comenzó a derramarse en una sustancia

morada, espesa y pegajosa. Estaba ya por echarle un químico que detuviera el proceso cuando me di cuenta... estaba vivo.

—¿Se trataba del mutante *Gri*? —preguntó Cauros con renovado interés.

—Como bien le he dicho, señor general, se trata de una serendipia. No logré reproducir al mutante *Gri*, pero aquella cosa estaba viva. ¡Y vaya que si lo estaba! Del interior de la marmita donde había vertido el mukkke salieron tres de ellos. Al principio sólo eran masas informes pero... no se pueden imaginar los destrozos que ocasionaron cuando terminaron por crearse.

—¿Nos has hecho llamar a tu pocilga sólo para contarnos que se te ha ido la mano con tus experimentos?

—Señor general, el señor Medani sabe que aprecio su paciencia y por lo tanto, sabiamente, aguarda en silencio a que termine el relato —por un momento, Cauros creyó distinguir los ojos del alquimista a través de sus sucias lentes—. En resumidas cuentas, tras muchos esfuerzos logré atrapar a las criaturas con vida. Podemos estar ante un descubrimiento extraordinario. He decidido bautizarlas como *grikker*. Sin embargo, no podremos cantar victoria hasta que no tenga una forma de doblegar la voluntad de esos seres... Por eso le hice llamar a usted, señor Medani. Quiero que logre hacer un encantamiento, o lo que sea, que me permita controlar a los *grikker*. El general Cauros, imagino, se estará preguntado si también le he citado a él para discernir sobre cosas que escapan a su campo. Pero, aunque le suene precipitado, general, mucho me temo que nos encontremos ante una de las piezas clave para que el *día D* tenga éxito... tan sólo necesito tiempo y que el señor Medani me ayude a controlar a las criaturas de inmediato.



Aquella tarde de otoño era una tarde seca, muy seca, con el cielo anaranjado, como todas. Últimamente, todas las tardes eran iguales, calurosas y rutinarias. Y no sólo las tardes, sino que todos los días resultaban iguales. Era cíclico y demoledor.

Mi nombre es Yldar y, como el apellido de mi familia es bastante común, en la ciudad me conocen como Yldar, hijo de Sus. Cada tarde,

desde hace diez años, talo madera en el bosque que colinda con la ciudad. Hace años, cuando aún era un muchacho, apenas podía levantar el hacha. Ahora la herramienta es prácticamente una extensión de mi brazo.

Puede que haya empezado mi relato comentando que todos los días resultan iguales, rutinarios... pero espero que esos dos apelativos no den lugar a confusión con el término «ordinarios». Desde que tengo memoria siempre ha habido algo que no ha encajado en mi vida, como si realmente yo no perteneciera a ella. Hay veces que siento que simplemente nací en un lugar y un momento equivocados.

Personas a las que conozco desde hace años aún me son como extraños. En cambio, desconocidos que deambulan por las angostas calles de la ciudadela me resultan terriblemente familiares. Sin embargo, no sólo me resultan ellos familiares a mí. Yo también a ellos. Lo sé por sus miradas. En el mercado, en las plazas... Me miran. Cuando cruzo mi mirada con alguno de estos, noto que me devuelve una mirada cargada de expresión, como si nos conociéramos de antes. Y, lo que es más asombroso, creo reconocer esas expresiones y esos gestos como si las conociera desde hace mucho, como si algo lejano latiera por un momento en mi interior.

Asimismo, suceden cosas. Cosas extrañas. Cosas que harían enloquecer a cualquiera y de las que nunca me he atrevido a hablar.

Algunos días noto que me siguen por las callejuelas, escucho pasos tras de mí. Pero al girarme nunca hay nadie. Igualmente, en mi propia casa me siento observado. Como si siempre hubiera una presencia, oculta tras las paredes, en el techo, bajo la cama... Noto miradas en mi nuca. Por las noches se escuchan ruidos raros, pisadas, respiraciones contenidas. Incluso, a veces, creo ver por el rabillo del ojo que un rostro me observa fijamente desde cerca; pero al girarme repentinamente nunca hay nadie. Huelo perfumes que parecen no venir de ninguna parte, siento caricias fantasmas en algunas ocasiones y, de vez en cuando, creo ver extrañas siluetas en las tinieblas que se evaporan aciagamente al prender las velas.

Y, cuando me armo de valor y salgo a enfrentarme a lo que quiera que haya, la casa está vacía.

No me gusta verme reflejado en los espejos. Hay veces, especialmente cuando no hay mucha luz, que mi propia mirada reflejada en

ellos me mira de manera siniestra y burlona, como si al otro lado del espejo hubiera algo... o alguien.

Nunca me he sentido en confianza con alguien como para confesarle mis temores. La única vez que me atreví a compartir parte de mi caso fue durante una confesión después de misa con el señor cura. Él simplemente me escuchó en silencio y al final me ordenó rezar cien *avemarías* y cien *paternóster* y poner un crucifijo o una estam-pita de la Virgen en cada habitación de mi casa. El resultado fue nulo. No me atreví a proponerle que hiciera un exorcismo. Lo último que faltaba es que se hablara de que mi casa está embrujada, o incluso yo mismo.

Pero, con el tiempo, he aprendido a ignorar todos estos extraños acontecimientos. Y digo ignorar porque a pesar de que acostumbro a pensar que seguramente se trate de un producto de mi imaginación, sé que son reales. Lo sé.

Hubo un tiempo que llegué a pensar que estaba loco. Pero no. Yo no era el único que lo veía. Una mañana, temprano, encontré unas huellas extrañas justo en el lugar donde la noche anterior tuve la sensación de que me seguían. Pregunté a un vecino y, por supuesto, también veía perfectamente las huellas. En otra ocasión me llegó un aroma a arándanos cuando estaba en la sastrería. Tras preguntarle, la costurera me dijo que ella también lo olía. Aunque ni para mi vecino ni para la costurera significaron nada aquellos detalles, para mí fue un descubrimiento aterrador. Todo era real.

El mejor momento del día es precisamente cuando estoy en el bosque, talando. Quizás un bosque parece el lugar menos esperado para sentirse protegido, pero ciertamente es el único sitio en el que no siento aquellas miradas que parecen no provenir de ninguna parte. Puede que simplemente sea el único momento del día en el que finalmente logro evadirme del todo. Al menos puedo descansar.

A pesar de que mi rutina, desde luego, no era ordinaria ni común, aquella tarde de otoño algo rompió con ella completamente. Dos hombres se acercaron hacia mi lugar de trabajo, donde poco a poco había ido amontonando leños y seleccionando maderas. Uno de ellos era Phillipe de Champagne, uno de los leñadores que talaba conmigo a diario. El otro hombre era completamente desconocido para mí.

O eso al menos pensaba hasta que cruzó su mirada conmigo.

Nuevamente, y al igual que otras tantas veces, noté un fulgor en la mirada del extraño. Una chispa. Me conocía. Él me conocía. Yo a él también le conocía sin conocerlo. Su rostro se me hacía familiar, como si ya le conociera de antes. Como si hubiéramos coincidido en otra vida.

—Hola, Yldar, ¿cómo te va? —me sacó de mis pensamientos Phillipe. Su semblante era inusualmente serio; algo ocurría.

—Bien —respondí algo seco, secándome el sudor de la frente con el antebrazo mientras miraba al otro hombre—. ¿Quién es tu amigo?

—Mi nombre es Manrique Alamán —se presentó—, soy caballero de la corona de Castilla.

A pesar de que la lengua oficial de la región era el francés, nuestra ciudad no quedaba lejos de la frontera con el Reino de Aragón, al otro lado de los Pirineos, por lo que entendíamos bien el catalán. Del reino de Castilla a menudo venían mercaderes por lo que también comprendíamos, aunque no tan bien, el castellano. A pesar de que el hombre hablaba castellano, lo hizo de manera bastante comprensible y ambos le entendimos sin problema.

El caballero no era muy alto, pero sí corpulento. Sus ojos eran de color arena y vestía una larga túnica marrón que le hacía pasar desapercibido. Tenía el mentón ligeramente prominente y los pómulos marcados. Lucía una fina barba de tres días y tenía una pequeña cicatriz en el labio.

—Es un honor, mi señor —respondí en un flojo castellano mirando fijamente los ojos del caballero—. ¿Nos hemos visto antes?

—Lo dudo mucho —respondió, nuevamente en castellano—. Llegué hace dos días a la ciudad por primera vez. A menos que hayáis estado en la ciudad de Osma.

—Nunca he salido del reino de Francia —negué lentamente mientras miraba de nuevo a Phillipe, quien por un momento se había sorprendido pensando que pudiéramos conocernos de antes—. ¿A qué se debe tan honorable visita?

—A nada bueno —anunció serio Phillipe—. Te están buscando.

—¿Quiénes? —arrastré, frunciendo el ceño lentamente, sin comprender.

—La Santa Inquisición —aclaró en castellano Manrique.

—¿Qué? ¿A mí?

—Ya sabes cómo están las cosas —insistió en voz baja Phillipe, hablando en francés rápidamente, para que el castellano no pudiera comprenderle—. Corren unos tiempos en los que todo el mundo cuenta mierda de otros. La mierda pasa como la virilidad del señor cura: de boca en boca. Entonces a cada nueva vez que se cuenta, la mierda huele peor. La mierda se va haciendo más grande y más putrefacta. Y así la mierda llega a oídos de la Inquisición y a uno le cuelgan en la plaza, si tiene suerte. Lo más habitual es que antes te metan una estaca por el culo, que te quemem la planta de los pies, una vueltecita por la rueda... Menudos hijos de puta.

—¿Qué me quieres decir? —respondí ya más alterado—. ¡Habla ya!

—Alguien te ha jodido, Yldar —insistió Phillipe rápidamente—. Alguien te ha jodido. Han entrado en tu casa y no te han encontrado. También han arrestado a tus padres y hermanos. Les tienen en el cuartel.

—¿Y él? —señalé al caballero, cada vez más presa del pánico—. ¿Ha venido a arrestarme?

—No he venido a arrestarte —habló Manrique Alamán, quien por lo visto había entendido la pregunta—. He venido a pedirte que vengas de *motu proprio*. Si no, será mucho peor.

—¿¡Qué!?! —estallé, sin ser capaz de procesar todo—. Esto es un malentendido. Un terrible malentendido. ¡Yo soy un buen cristiano! ¡Y mi familia también lo es!

—Vive Dios que eso lo decidirá la Santa Inquisición, hijo —respondió el caballero—. Yldar, hijo de Sus, tengo que pedir que me acompañes.

Noté algo en su mirada. Una chispa. Un reflejo conocido. Algo que me hacía confiar en él, como si fuera mi última salvación. Miré al caballero, esperanzado, dispuesto a irme con él por las buenas.

—¡Vete, Yldar! —bramó de pronto Phillipe—. ¡Corre!

Sucedió deprisa. Phillipe empujó al castellano contra los leños, haciéndole caer estrepitosamente. Reaccioné y eché a correr lo más rápido que pude. El suelo volaba bajo mis pies. Nunca había sido un gran corredor, pero la adrenalina hizo que mis piernas se movieran lo más rápido posible, apenas tocando el suelo a cada zancada. Oí un grito a mis espaldas. Me giré justo en el momento para ver cómo

Manrique Alamán apuñalaba mortalmente en el pecho a Phillipe de Champagne.

Mientras el cuerpo de mi compañero caía sin vida al suelo, tiñendo de escarlata la resina y las astillas de la madera, seguí corriendo, al límite de mis fuerzas, adentrándome más y más en la profundidad del bosque.



Corría todo lo rápido que podía. Hacía ya varios minutos que había dejado atrás el comienzo del bosque y dudaba que Manrique Alamán hubiera logrado seguirme.

Entonces, sin saber cómo, algo me golpeó en una pierna con fuerza y caí estrepitosamente, rodando por el suelo. Tuve la mala fortuna de caer de costado sobre una piedra y, si bien no me rompí una costilla, el dolor punzante me hizo aullar de dolor.

No tuve mucho tiempo para quejarme. Una manaza me agarró del pelo y tirando hacia arriba intentó levantarme. Con un grito de dolor, traté de levantarme, agarrándome del pelo para que no me lo arrancaran.

—Muy rápido ibas corriendo tú, rapaz.

Tuve el tiempo justo para mirar cómo un hombre se ponía delante de mí. No pude siquiera fijarme en su rostro, sólo en sus tupidas patillas. Me dio una bofetada con la mano abierta que me hizo girar la cara hacia un lado.

El que me tenía aún agarrado por el pelo desde detrás me hizo girar la cara para que el de las patillas me la volviera nuevamente con otro tortazo, esta vez con el revés.

Mientras me reponía del golpe, varios hombres se acercaron. Vestían ropas de tonos marrones y negros y, por su aspecto, descarté rápidamente que fueran soldados franceses o castellanos. Tenían toda la pinta de ser bandidos.

El que me tenía agarrado por los pelos me dio una patada en la corva, haciéndome caer de rodillas. De una fuerte colleja me hicieron caer al suelo de cara. No tuve mucho tiempo de saborear la húmeda tierra llena de musgo, pues alguno de los hombres me dio una fuerte

patada en un costado. Exactamente en el mismo donde me había golpeado con la piedra. Grité de dolor. Pude oír cómo uno me escupía.

Quise hablar, pero no pude. Estaba paralizado por el miedo. Tampoco tuve muchas oportunidades de intentarlo. Una nueva patada me hizo volver a chillar. Uno me pisó con rabia una pierna. Noté cómo mi hueso cedía con un horrible sonido. Me dolía la garganta de tanto chillar.

Me volvieron a levantar de los pelos. Esta vez sólo me sentaron. Usé mis últimas fuerzas en agarrarme el pelo para que no me arrancaran la melena.

Varias manos, que se me antojaron como cientos, me sujetaron firmemente la cabeza. Frente a mí había varios hombres mirándome fijamente. El de las patillas tenía un enorme cuchillo entre las manos.

Acercó el arma a mi cara. Pude ver cómo la hoja relucía. Se podía ver lo afilada que estaba con sólo mirarla. Varias manos me abrieron la boca. Yo grité, impotente, sin resultado. Con precisión me puso la hoja del cuchillo, completamente llena de porquería, en una de las comisuras del labio.

El corte fue rápido y limpio.

Lo peor vino después. Al gritar de dolor, yo mismo desgarré mi propia piel. En un acto reflejo cerré fuertemente los dientes y chillé con ellos apretados. La boca me sabía a sangre. Sentía que me ahogaba en ella. No entendía nada.

Una mano me pellizcó con fuerza en el brazo. Otra me tiró de una oreja. Otra me arañó fuertemente.

Entre todos comenzaron a quitarme la ropa. Mientras uno me sujetaba con fuerza por la espalda, otros dos me arrancaron los pantalones. Nada más quitármelos, me bajaron los greguescos, quedándome completamente desnudo de cintura para abajo.

Me sujetaron y me hicieron abrir las piernas. Me pusieron boca-bajo. Pude ver cómo el de las patillas comenzaba a desabrocharse el cinturón. Podía imaginarme perfectamente cuáles eran sus intenciones.

Cuando creía que lo peor se avecinaba, se oyó silbar una flecha. Casi inmediatamente, esa flecha se clavó en un cuerpo y alguien cayó muerto al suelo.

Todos comenzaron a gritar. En menos de cinco segundos me habían soltado y habían huido entre los árboles, dejándome abandonado allí, desnudo y desangrándome en mitad del bosque.

Tras unos momentos eternos. Pude oír pasos aproximándose. Abrí los ojos en una mueca de dolor y miedo para tratar de identificar a aquello que se aproximaba.

Manrique Alamán, acompañado por varios guardias y miembros de la Santa Inquisición, clavando sus ojos en mí con una expresión que no supe identificar fue la última imagen que vi antes de que todo se tornara negro.



Abrí los ojos lentamente. Al principio no podía ver nada. Sólo podía notar el ambiente húmedo del lugar en el que me encontraba, lo que me recordaba que tenía la garganta completamente seca. Hice ademán de levantarme, pero mi cuerpo no me respondió.

—Por fin despertáis.

Una voz de ultratumba me sobresaltó. Parecía venir de algún lugar cercano a mí. Quise preguntar de quién se trataba, pero un agudo dolor en la mejilla me impidió hablar.

—No habléis, señor —sonó nuevamente la voz, tranquilizadoramente—. Os he cosido y echado un unguento especial en la herida. Si todo sale bien no quedará cicatriz.

Con mucho esfuerzo me llevé la mano lentamente a la mejilla. En efecto, mi cara estaba cubierta de algo pegajoso. Con cuidado me toqué la herida, que iba desde la comisura del labio hasta bien entrada la mejilla. Para mi sorpresa estaba completamente cerrada, incluso me habían retirado ya las costuras. ¿Cuánto tiempo llevaría inconsciente?

—Os encontráis en las mazmorras de la ciudadela. Lleváis cuatro días sin abrir los ojos y retorciéndoos en sueños. Los carceleros se apiadaron y me dejaron medicinas para sanaros —resonó la voz como si hubiera oído mis pensamientos—. Quieren que estéis en plenas facultades para el juicio.

—¿Juicio...? —logré articular.

—Shh. No habléis —insistió el vozarrón—. Según he oído, estáis aquí por orden de la Inquisición.

—Yo no he hecho nada.

—Shh. Procurad no hablar.

Aquella voz me sonó de pronto tan terriblemente familiar. Al instante me inundó aquella extraña sensación que se apoderaba de mí cuando creía reconocer un rostro.

—¿Quién sois vos? —hablé pesadamente.

—Mi nombre es Apmajuju Bela, señor. Se dice como las velas, pero significa honrado.

Haciendo un sobreesfuerzo, volví a abrir los ojos. Esta vez, logré distinguir mi alrededor a la tenue luz de las antorchas. Me encontraba en una pequeña celda lúgubre y húmeda, en un duro camastro de piedra que estaba sujeto a la pared. Por el silencio que reinaba, imaginé que probablemente sería de noche o de madrugada.

Me fijé en mi compañero. Apmajuju me contemplaba de cerca con una brillante fila de dientes blancos. Aunque estaba sentado en el suelo a mi lado, me percaté inmediatamente de sus colosales dimensiones. Se trataba de un hombre negro grande, muy grande. La sola visión de sus descomunales músculos me hizo sentir miedo.

—Cuidado —habló suavemente con su grave voz, con un tono casi inocente—. Necesitáis descansar. Habéis tenido suerte y la pierna no se ha roto. Tenéis huesos fuertes. Pero no debéis caminar hasta el juicio.

—Llevo cuatro días durmiendo, creo que ya he descansado suficiente.

—Señor —repitió esta vez más serio—, hacedme caso. Debéis descansar.

Sin atreverme a contrariar a aquel gigante me quedé quieto y cerré los ojos mientras él velaba mis sueños, sentado en la oscuridad.



Llegó un día en el que varios soldados irrumpieron en los calabozos y comenzaron a sacar a varios presos de sus celdas. También entraron en la mía y nos cogieron a mí y al gran Apmajuju, aunque a este último le cogieron entre cuatro, no sin temor.

Por fortuna, y de manera milagrosa, los cuidados de mi compañero habían surtido efecto y no sentía ya dolor alguno. Podía moverme sin problemas y cuando me acariciaba la mejilla no notaba indicio de cicatriz.

De malos modos, los soldados nos condujeron a todos por el estrecho pasillo. Encabezando la comitiva iba un mendigo enano, harapiento y con una descuidada y frondosa barba. Quizás en sus buenos tiempos fue un bufón real. Yo iba tras él. Detrás de mí marchaban tres jóvenes mirando al suelo. Se trataba de un chico y dos chicas de hermosura nunca vista. Por su tez morena imaginé que probablemente se trataran de presos políticos. ¿Quizás un príncipe persa y dos princesas indias? Cerrando la fila iba Apmajuju, escoltado por dos guardias a cada lado, armados con alabardas.

Entramos en el salón donde iba a tener lugar el juicio.

Se trataba de un lugar amplio donde se congregaban multitud de personas. Había soldados, miembros del jurado y multitud de vecinos y espectadores curiosos que se sentaban en los bancos. Por un momento mi mente trató de recordar una situación parecida que había vivido. Pero nada, fue un intento en vano. Yo jamás había estado en un juicio.

—Que pase el primer acusado —llamó el juez una vez todos nos hubimos sentado y el silencio reinaba en la sala.

—Untric Dorrin —leyó en voz alta Manrique Alamán, que se encontraba al lado del jurado, enfundado en una preciosa armadura castellana.

Con empujones y de mala gana, los guardias subieron al estrado al mendigo enano. Nada más subir, escupió abundantemente al suelo. Los presentes le abuchearon.

—Se te acusa de robo —anunció un miembro del jurado—. La gente dice que hurtas en los mercados e incluso algunos afirman que también nos encontramos ante un caso de allanamiento de morada.

—Señor mío —respondió el enano con firmeza, buscando los ojos del miembro del jurado—, no es conveniente hacer caso a la gente. La gente puede decir muchas cosas. La gente también decía que vuestra madre sólo pedía cuatro monedas de plata a sus clientes y que nadie quería dar más de dos.

Inmediatamente se armó el revuelo. Mientras que algunos se indignaban y pedían a gritos la sogá para el enano, otros se morían de la risa. Yo le miré nervioso, sabiendo que se acababa de ganar de sobra la pena capital. Miré al resto de reos. Los tres jóvenes miraban al suelo, impertérritos. Apmajuju miraba al enano con una inocente sonrisa que los guardias que le custodiaban no se atrevieron a borrar de su cara.

—¡Basta ya! —bramó el juez—. ¡Silencio, por favor!

—No hace falta que siga declarando —sentenció el jurado—. Ya hemos visto suficiente.

—Según dicta la ley —habló Manrique Alamán con serenidad— hemos de preguntarle por su última voluntad antes de condenarle. Podemos hacerlo aquí o en el cadalso. Pero creo que, lógicamente, nos conviene hacerlo aquí para evitar otro espectáculo durante la ejecución.

—Conoce usted bien las leyes francesas para ser un castellano —comentó el arzobispo, que se encontraba presente, acompañado de todo su séquito—. Se dice que en vuestra tierra sois todos hombres de Dios. *Benedictus qui venit in nomine Domini*⁽¹⁾.

—Como afirma el Reverendísimo Monseñor, el castellano no se equivoca respecto a la ley que invoca —corroboró un miembro de jurado antes de dirigirse al enano—. Y el jurado nos mostramos de acuerdo con la idea de hacerlo aquí y ahora. ¿Una última voluntad, señor Dorrin?

—Claro, con mucho gusto —respondió el enano, aliviado, antes de dirigirse al arzobispo—. Si pudiera pedir un último deseo, me gustaría pedírselo al Señor. Sólo él es digno.

—Adelante —le dio permiso el juez.

—Señor de los cielos —comenzó a rezar en voz alta el enano, juntando las manos y cerrando los ojos por un momento—, antes de que estos hombres de poca fe me lleven a tu santísima gloria, me gustaría que les perdonaras, porque no saben lo que hacen... Si eso no fuere posible, Señor, también sería igualmente maravilloso si pudieras hacer que Su Excelencia el arzobispo tuviera las papilas gustativas en el ano.

Se volvió a armar mucho jaleo. Todos clamaron la soga para el enano y el arzobispo habló con algunos guardias. Seguro que después del juicio al pobre mendigo le esperaba una vueltecita por la rueda. Igual le sentenciaban a muerte por desmembramiento.

Tras un momento de hablar entre ellos y de lograr que se hiciera silencio nuevamente, el jurado habló.

⁽¹⁾ Bendito el que viene en el nombre del señor.

—Untric Dorrin, este jurado te condena al desmembramiento, a la hoguera y a colgar en la soga.

—Pero, señor juez —habló inocentemente el enano—, necesitaría saber en qué orden va a llevar a cabo todo eso. ¿Van a desmembrarme y luego van a pasar a la parrilla cada uno de mis miembros? ¿Y luego ahorcarán solamente la cabeza o cada parte del cuerpo?

Nuevamente, los presentes estallaron en risas.

—¡Basta ya! ¡Sentadle y que pase el siguiente!

Todos comenzaron a abuchear al ladrón mientras le sentaban nuevamente junto a nosotros. Apmajuju, que no había dejado de mirar toda la escena, divertido, decidió intercambiar unas palabras con aquel que tanto le había hecho reír.

—Buen juicio —comentó con su vozarrón.

—Bueno. Hubiera acabado mejor con aplausos —reconoció el enano mientras se sentaba con un temple bastante curioso para alguien condenado a tres penas de muerte diferentes en un solo día—. Todos me abuchean.

—No. Allí hay uno que te aplaude —le consoló el gigante señalando hacia algún punto de la multitud.

—No te equivoques, cabeza bola —respondió ya en tono más reservado—. Ese fulano aplaude a los que me abuchean.

Por un momento algo recorrió todo mi cuerpo. Como si al escuchar algo de aquella frase una chispa hubiera saltado en mi interior. No tuve mucho tiempo para pensar en ello, un guardia me cogió fuertemente del brazo y me condujo al estrado. Una vez me hubo dejado allí, sentí cómo la sangre dejaba de correr por mis venas, mientras todo el gentío me contemplaba.

—Yldar, hijo de Sus —leyó en voz alta y clara Manrique Alamán, haciendo que mi sangre volviera a fluir— se te acusa a ti y a tu familia de la práctica de hechicería.

Tragué saliva un momento antes de hablar. Tenía los miembros entumecidos y me preocupaba que la voz no saliera de mi garganta. Por fortuna, salió con un tono pausado, sin temblor, que disimulaba completamente mi acongoje.

—Su señoría y distinguidos señores del tribunal —comencé a hablar lo más educadamente que sabía—. Me declaro inocente de tal acusación. Soy tan sólo un humilde leñador. No sé leer ni escribir. Ni

siquiera sé hacer algo más que talar árboles. Pregunten a mis vecinos. Yo jamás sería capaz de hacer brujerías.

—Eso no es lo que dicen las evidencias —graznó el arzobispo, con evidentes ganas de que el juicio terminara para poder encargarse del enano—. La guardia ha encontrado en tu casa varios artulugios blasfemos. Tan sólo el fuego purificador puede sanar tanta maldad. Y en esa mentira que osadamente defiendes cual verdad, no se esconden más que Lucifer y los ángeles caídos, acechando a cada instante. ¿Y sabes lo peor de tu pecado? Lo peor es que los pecadores tienen por costumbre arrastrar a otros con ellos. Como Eva arrastró a Adán. Y para colmo, una vez que han arrastrado a varios consigo, los pecadores se sienten respaldados, se sienten más protegidos. *Commodun ex iniuria sua nemo habere debet*⁽²⁾. Que el Señor todopoderoso nos libre de personas como tú, que encarnan al mismísimo Satanás. Que nos libre de todas esas personas que juegan con el Diablo.

Una voz se oyó al fondo, alta y clara.

—Excelentísimo, con todos mis respetos, vuestro culo debe de estar celoso de toda la mierda que soltáis por la boca.

Todos se giraron conteniendo la respiración por el asombro hacia el propietario de la voz: Untric Dorrin, el ladrón enano.

Se había puesto de pie en la banquetta para ser fácilmente visible por todos. Cuando los soldados quisieron bajarle por la fuerza, Ap-majuju se levantó cuan largo era y ellos retrocedieron, precavidos. El enano aprovechó para seguir hablando.

—¡Qué graciosos resultáis aquellos que predicáis en el nombre de Dios! No tenéis familia, ni mujer, ni hijos. Tampoco tenéis sexo — tras esa última palabra se aclaró la voz sonoramente para que el sarcasmo pudiera mascarse—. No pagáis impuestos. ¿Y lo más gracioso? Que pretendéis enseñarnos a vivir en familia, a copular únicamente cuando es necesario y a ser buenos ciudadanos.

—¡Que alguien le calle! —gritó un miembro del jurado.

Lejos de callarse, el enano saltó de la banquetta y comenzó a avanzar. Al principio la gente se escandalizó. El arzobispo, divertido ante

⁽²⁾ Ninguna persona ha de obtener ventaja de su propio mal.

tal atrevimiento, detuvo a los guardias con un gesto. En su mirada se podían leer perfectamente sus intenciones. Una palabra desafortunada más, otra nueva blasfemia, y aquel hombre bajito y malhablado pasaría directamente a las manos de la Inquisición.

Me pregunté si aquella situación era algo favorable para mí. O bien todos se centraban en él y se olvidaban un poco de mis cargos o, por el contrario, acababan de mal humor y me mandaban desmembrar sin opción a réplica. Mientras yo pensaba todo esto, el enano continuaba andando, con las manos encadenadas con pesados grilletes.

—¡Nobles gentes! ¡Pueblo mío! —anunció el arzobispo con intención de poner la situación a su favor—. Aquí mismo estamos presenciando un acto del mismísimo Satanás. Dentro del cuerpo de ese pobre enano deforme hay un demonio que le ha poseído. *Veritas in simplice*⁽³⁾. ¡Habrá que realizar un exorcismo antes y después de ajusticiarlo! La Santísima Inquisición se encargará de aliviar todo este mal. *Pedes in terra ad sidera visus*⁽⁴⁾. ¡Pero por la gracia que me ha concedido la Santísima Trinidad y la Virgen María, que ese demonio no se atreverá a dar un paso más!

—Dejad de graznar, Excelentísimo —comentó tranquilo el enano—. Personas como vos insultáis a toda la comunidad cristiana con vuestros delirios. Graznaréis menos cuando os haya cortado el cuello.

Ofendido, el arzobispo se llevó la mano al pecho y se echó hacia atrás. Inmediatamente después, le hizo una seña al soldado que más cerca estaba del enano. El guardia desenvainó su espada y alzándola sobre su cabeza con ambas manos fue a descargar el pomo contra la cabeza del enano, con intención de aturdirlo.

Aunque en un primer momento di al enano por muerto, lo que sucedió a continuación me dejó perplejo. El enano se giró hacia el soldado en el momento justo, sin perder la calma, y subió las manos extendidas, estirando los grilletes.

De ese modo bloqueó el golpe del soldado con sus cadenas. Con un giro de muñeca enredó la espada con los grilletes y dando un ágil

⁽³⁾ La verdad está en lo sencillo.

⁽⁴⁾ Los pies en la tierra, la mirada en el cielo.

paso, desarmó al soldado y se acercó a su cuerpo. Una vez a su alcance, le asestó un cabezazo en salva sea la parte, haciéndole hincar una rodilla.

Por si aquello fuera poco, con la agilidad de un mono, el enano puso un pie sobre la rodilla hincada del soldado y cogiendo impulso se subió a su espalda, donde aprovechó para rodear su cuello con los grilletes.

El resto de soldados que habían acudido al rescate de su compañero retrocedieron ante el feroz enano, cuyo rostro desvelaba que estrangularía al soldado sin dudar si alguno daba un paso de más.

Manrique Alamán desenvainó su espada.

—Tranquilidad —pidió, haciéndose oír en toda la sala—. No cunda el pánico. Esto no se trata más que de un pequeño contratiempo que vamos a resolver rápidamente. Esta clase de gente retorcida, que no duda en llevar a cabo cualquier fechoría para llevar a cabo sus propósitos, no merece perdón de Dios. ¿No es así, Reverendísimo?

—Muy bien dicho, castellano —le felicitó el arzobispo en público.

—Por eso mismo —continuó Manrique Alamán mirando fijamente al enano— hoy la espada de la justicia va caer sobre aquellos de tamaña perversidad.

Sucedió rápido. Nadie supo reaccionar.

Manrique Alamán levantó su espada y, sin mediar palabra, la hundió en el cuello del mismísimo juez. No hubo tiempo para sorprenderse. Una monjita que acompañaba en silencio al séquito del arzobispo se despojó velozmente de su hábito, dejando ver unas prendas de hombre. La mujer se situó al lado del arzobispo de dos saltos y, sin más, le agarró la cabeza y le partió bruscamente el cuello.

La gente ya empezaba a chillar. La mujer llevaba el pelo corto, como un hombre, con una bonita crencha⁽⁵⁾ y tenía una chispa inteligente en la mirada. No tuve mucho tiempo para fijarme en sus facciones, pues a continuación pude ver lo más increíble que había visto hasta entonces.

Ella se llevó una mano al cuello y, de un collarín metálico que llevaba en torno a él, comenzó a desplegarse una armadura negra.

⁽⁵⁾ Raya en el medio del pelo.

Como si de magia se tratara, la armadura cubrió rápidamente su cuerpo e incluso protegió su cabeza con un yelmo negro con cuernos.

De algún lugar la mujer —a la que ahora no se podía ver el rostro— extrajo la empuñadura de una espada que no tenía hoja. La empuñadura era roja, y acababa forjada en las fauces de un dragón que aguardaban cerradas y unas alas que harían las veces de guardamanos. La mujer pareció tocar un botón de la empuñadura que activó un mecanismo. De pronto, las fauces del dragón se abrieron de golpe y de ellas, como si de fuego se tratara, brotó una afilada hoja, de la misma manera que había hecho antes la armadura. La flamígera hoja era también de un metal rojizo, lo que le daba la apariencia de ser la mismísima espada del Diablo.

Noté una fuerte punzada. Nuevamente mi mente trataba de establecer una conexión perdida u olvidada sin éxito. Como si hubiera visto antes aquella espada.

No tuve más tiempo de admirar a la mujer. Como por arte de magia todos nuestros grilletos saltaron por los aires, liberándonos. Apmajuju llevó las manos rápidamente debajo del banco en el que estábamos sentados y de ahí sacó el mayor mandoble que había visto en mi vida.

Parecía una espada africana, ya que la hoja describía una curva, pero su enorme tamaño la hacía imposible de manejar por una persona normal. En las manazas de Apmajuju parecía un mandoble normal y corriente.

Un soldado se acercó alarmado y, de un potente tajo, el gigante le corto por la mitad. Literalmente. Me puse pálido. Dos valientes más intentaron frenar al gigantón, pero fue en vano. Con una velocidad inaudita para estar manejando un arma de aquellas proporciones, Apmajuju solo tuvo que dar dos golpes. El primero sirvió para romper el escudo del primero de los hombres y, por ende, la cabeza que se protegía detrás. El segundo también impactó sobre un escudo, pero al contrario que los otros no fue un corte limpio. Traspasó el escudo y se hundió en el vientre del soldado, pero no lo atravesó completamente. Sin embargo, eso lo hizo más espectacular, el soldado salió despedido varios metros por los aires, aterrizando sobre un montón de curas que trataban desesperadamente de buscar una salida.

El chico moreno que había estado junto a las otras dos muchachas contemplando el suelo impávido, saltó del banco con una espectacular

pirueta, imposible para un humano. De una patada en la cara, tumbó a uno de los guardias. Esquivó con insultante facilidad la espada de otro y le derribó de un golpe seco en el cuello. Un tercero probó suerte, pero el muchacho se echó a un lado ágilmente y logró desarmarle. Una vez que se hizo con la espada de su contrincante, le despachó sin problemas.

Una de las chicas siguió al muchacho moreno en el primer gran salto. La diferencia fue que, en pleno salto, la muchacha se transformó en una pantera. Yo no podía dar crédito a lo que veía. El felino encontró menos resistencia, ya que todos salieron despavoridos al verla. Los pocos que se atrevieron con ella encontraron una muerte rápida.

No pude contemplar el espectáculo por mucho más tiempo, la otra muchacha se abalanzó sobre mí y me tumbó en el suelo con violencia. Al principio pensé que me iba a abrir la cabeza contra el enlozado, pero ella puso su brazo detrás de mi cuello para evitar que me golpeará.

Vi su rostro de cerca. Era el rostro más hermoso que había visto en mi vida. Tenía proporciones perfectas. Sus ojos eran grandes y de color verde, como el de los gatos nocturnos. Sus labios y su nariz parecían de dimensiones perfectas y podría jurar sin haberla tocado que la textura de aquella piel morena era la más suave que había tocado jamás.

Entonces, en una fracción de segundo, el rostro de la chica se transformó levemente. En su cara aparecieron unos tatuajes azules tribales, sus orejas acabaron en punta y sus dientes parecieron volverse más puntiagudos. La miré a los ojos. De pronto en su mirada había un matiz salvaje y peligroso.

Lo noté. Noté esa punzada que había notada tantas veces. Como si ese rostro me fuera terriblemente familiar. Como si me sintiera cómodo contemplando aquella mirada tan salvaje y peligrosa. Y por primera vez, pude apreciar en sus ojos que ella también me reconocía.

No me dejó pensar más y me colocó en el cuello con brusquedad un pesado collarín metálico muy parecido al que llevaba la monjita que mató al arzobispo. Con muchísima velocidad me puso un colgante sobre el collarín, y me colocó dos anillos. Uno en el dedo anular izquierdo y otro en el dedo índice derecho.

Me acarició el rostro con una ternura infinita, mirándome intensamente a los ojos. En ese momento me sentí en el cielo. Podía leer en

su mirada millones de sentimientos que se agolpaban en mi mente, indescifrables. Pero no duró demasiado.

—¡Shira! —reconocí la voz de Untric Dorrin a lo lejos—. ¡Ayúdame, diantre!

Ella me contempló por un segundo más y se levantó rapidísimamente. Tuve el tiempo justo para ver cómo daba un descomunal salto y cómo, al igual que su compañera, se transformaba en un enorme felino en pleno vuelo. En su caso, en un feroz puma. Corriendo a gran velocidad, rápidamente alcanzó al enano, que estaba rodeado y de rápidos zarpazos disolvió a los atacantes.

Confusamente me levanté. En la sala del juicio se había preparado una auténtica batalla. Me fijé cómo un joven surgía de entre la multitud. Cuando se despojó de su vieja capa de color pardo, advertí que alrededor del cuello llevaba un collarín dorado, exactamente igual que el que llevaba la monjita y que el que aquella muchacha me había colocado. Como a una orden invisible, una armadura dorada comenzó a desplegarse del collarín, cubriendo rápidamente todo el cuerpo del chico. Un yelmo le cubrió la cabeza e incluso un penacho de plumas azules de desplegó del mismo.

El chico dorado extrajo de su cinturón un pequeño cilindro metálico del tamaño de un palmo. Del cilindro se desplegó rápidamente un precioso escudo dorado y azul. Para acabar con la demostración, en la mano del chico se materializó una espada azul echa de un extraño metal pseudotransparente.

Las puertas se abrieron y un grupo de soldados comenzó a entrar a la sala. Una explosión me hizo girarme repentinamente hacia una de las paredes. Los adoquines volaban por los aires y del agujero que se había creado comenzaron a entrar unos soldados que lucían armaduras que, si mal no veía, imitaban las escamas de un dragón. Este segundo grupo comenzó a intercambiar espadazos con los que entraban por las puertas.

Noté que alguien me empujaba y me protegía detrás de unos escombros. Un segundo después un montón de flechas silbaban por el aire y se estrellaban donde me encontraba instantes antes. Miré a mi salvador, se trataba del castellano Manrique Alamán.

—Don Manrique —murmuré asustado—. ¿Qué es todo esto? ¿Qué está pasando?

—¡Cuidado, otra andanada!

Manrique Alamán me movió nuevamente, salvándome de otras saetas que impactaban contra la piedra con brusquedad.

—Y no me llamo Manrique Alamán —dijo mirándome a los ojos, como exigiéndome algo con la mirada—. Mi nombre es Cauros, general de las Cumbres, al servicio de su excelencia Adriana de Morina, duquesa de Riadas del Este.

Me empezó a doler la cabeza. Nuevamente mi cerebro trataba de establecer conexiones sin éxito. Una explosión diferente a las anteriores me hizo volver a la batalla.

—¡Cuidado, tienen un puto mago! —alertó alguien.

—¡Por aquí...!

Cauros me empujó, pero fue demasiado lento para salvarse también él. De las manos de un sacerdote que se había encaramado a lo que antes fue el estrado salió una luz violeta directamente hacia nuestra dirección. La luz impactó en el cuerpo de Cauros, haciéndole levitar un par de metros en el aire, suspendido, inmóvil.

Fue un blanco fácil para los arqueros, que le acribillaron con sus flechas. Aunque tan sólo dos acertaron en el pecho de Cauros, fueron suficientes. El sacerdote dejó caer al hombre al suelo y se entretuvo en lanzar rayos contra los soldados de las armaduras que imitaban a las escamas de dragón.

Superando con mucho esfuerzo mi shock inicial, me acerqué a Cauros arrastrándome por el suelo. Cuando le alcancé, tiré de él hacia un lugar más cobijado, entre los escombros. Me fijé que iba dejando un reguero de sangre.

Con gran esfuerzo le puse bocarriba. Me miró a los ojos con la mirada perdida. De su boca brotaba un hilillo de sangre escarlata.

—Nuestra... esperanza —logró decir— está... en ti.

Se llevó la mano al cinturón y me dio algo que supe reconocer de inmediato. Era la empuñadura de una espada que no tenía hoja y que en su lugar tenía unas fauces de dragón. Exactamente igual que la que tenía la monjita, pero de color blanco.

—Salva... Atlea... Sálvanos.

Con sus últimas fuerzas, Cauros me dio un golpe seco en el pecho. Más exactamente en el collarín. Eso hizo que el mecanismo se activara y que una armadura metálica comenzara a recubrir mi cuerpo. El yelmo que se desplegó en mi cabeza era considerablemente más

grande que los otros dos que había visto desplegarse y apenas dejaba una rendijilla para poder ver a mi alrededor.

Aunque la armadura cubrió mi cuerpo y mis brazos, mis piernas quedaron desprotegidas completamente. Sin tiempo para preocuparme por mis piernas, una explosión me hizo volar por los aires lejos de Cauros y estrellarme contra una pared. Por fortuna, la armadura me protegió del impacto, salvándome la vida.

El caballero dorado pasó cerca de mí, gritando.

—¡Samoguna! ¡Samoguuuuna! —gritaba—. ¡Hazte cargo del puto mago! ¡Date prisa o todo se va a la mierda!

Un hombre encapuchado le miró y se acercó a él, mirándole con complicidad.

—¡Ahora! —indicó el caballero dorado.

El tal Samoguna lanzó una potente bola mágica hacia el mago, que difícilmente desvió el proyectil. Entonces, ante mis ojos, se desencadenó una auténtica batalla mágica. Los rayos y llamaradas surcaban la sala buscando el cuerpo del contrincante y ambos desviaban los ataques del contrario.

Finalmente, una estalagmita de hielo de Samoguna alcanzó al mago en el hombro. El sacerdote cayó de rodillas, dolorido. Cuando parecía que estaba acabado, sacó de los pliegues de su túnica un botellín e ingirió rápidamente su contenido.

Fue entonces cuando comenzó a... mutar.

Tras unos horribles alaridos, el cuerpo del sacerdote se deformó y comenzó a crecer y a llenarse de pelo. Donde segundos antes había un sacerdote, rugía una terrible criatura que tenía cuerpo de león, cola de serpiente, alas de murciélago y tres cabezas: un león, una cabra y un dragón.

—¡Básfemor! —gritó entonces Samoguna mientras retrocedía asustado—. ¡Rápido! ¡Un bichito! ¡Básfemor!

De la otra punta de la sala, un hombre comenzó a correr entre la lucha, esquivando soldados enemigos. Cuando llegó a la altura de Samoguna, contempló a la criatura casi con admiración.

—Una quimera... —sonrió—. Mi especialidad.

Sin miedo, el hombre fue directamente al encuentro de la criatura. No sabría describir exactamente cómo pasó. Los movimientos de ambos eran extraordinariamente rápidos. La quimera atacaba sin piedad y el hombre parecía esquivar todos sus golpes con facilidad, como

si bailara un saltarelo. Como si previera cada movimiento, como si tuviera ensayado un número de circo.

Al rato, el hombre comenzó a hacer silbar su acero por el aire a cada ataque, y la criatura cada vez tenía más heridas abiertas. Sin dejar de luchar, el hombre escalaba escombros y saltaba con agilidad, sin perder de vista a la criatura. Entonces, como si lo hubiera estado esperando, en uno de los ataques de la cabeza de dragón, que se adelantó demasiado, se hizo a un lado y la segó de un golpe limpio.

La criatura retrocedió y las otras dos cabezas auillaron de dolor. No tuvo tiempo de nada más. De algún lugar de la sala, como si hubiera aguardado hasta el momento exacto, Apmajuju subió rapidísimamente a un escombros y desde él dio un salto altísimo. Aterrizó con todo su peso sobre el lomo de la criatura, atravesándola de lado a lado con su mandoble gigante.

Yo ya había conseguido levantarme, pero no supe a dónde ir, no supe hacia dónde correr. Un soldado se me acercó con una espada ensangrentada. Cuando creía que ya me había confundido con un soldado enemigo por mi armadura y que iba a dar buena cuenta de mí, Untric Dorrin salió de algún lado de la batalla con un hacha de doble filo en las manos.

Primero le cortó por las corvas desde detrás, haciéndole que cayera al suelo de rodillas. Luego, sencillamente le cortó la cabeza. Me quedé inmóvil en el sitio, pálido.

Por uno de los agujeros por donde habían entrado los soldados de las armaduras de dragón, se oyeron unos gruñidos. Entonces, sumándose a la batalla, cinco criaturas emergieron de un salto a la escena. Se trataba de cinco lobos de dimensiones enormes que llevaban en la grupa a pequeños y feos seres de piel verdosa que rápidamente me recordaron a los trasgos de los cuentos.

Sobre aquellas monturas salvajes, comenzaron a moverse rápidamente causando estragos. Fue entonces cuando llegaron ellos. Del agujero emergieron criaturas con torso de hombre y cabeza de toro. De un brutal mugido de guerra que helaba la sangre tomaron parte del bando de los escamas de dragón.

Muerto de miedo quise escapar. Me fijé que otros soldados que intentaban escapar igual que yo eran matados con facilidad por los escamas de dragón que esperaban en las puertas. No supe qué hacer.

Pequeñas criaturas albinas con aspecto de zorro corrían entre los soldados y daban caza sin piedad a los soldados franceses.

En un momento de tensión, buscando desesperadamente una salida, se me ocurrió meterme por uno de los agujeros que había en las paredes para huir. Pero antes debía ir a las mazmorras y encontrar a mis padres, seguro que estaban en una de ellas. Tenía que hacerlo.

Logré llegar hasta uno de los enormes agujeros y, a pesar de la molesta armadura, encaramarme a él. Comencé a avanzar sigilosamente por la oscuridad con miedo de encontrarme con algo o alguien. Finalmente, tras mucho andar, encontré unas escaleras que descendían. Seguro que me llevarían a las mazmorras.

Todo estaba saliendo tan bien hasta que una voz me sorprendió.

—Vaya, vaya. Yo estaba buscando soldados franceses y te encuentro a ti... Esto es lo que se podría considerar una serendipia en toda regla.

La voz sonaba como metálica, artificial. Como si alguien hablara con la cabeza metida dentro de una campana. Mi cabeza, nuevamente, trató de relacionar esa voz con algo sin éxito.

—¿Quién habla? —pregunté nervioso, tratando de ver lo máximo posible por la hendidura de mi yelmo.

Como respuesta, dos puntos rojos se encendieron en la oscuridad. Me quise morir del miedo. Los ojos me contemplaban fijamente. Tras unos segundos eternos logré preguntar.

—¿Q-quiénn e-eres?

—¿Yo? —pareció reír la voz—. La pregunta es quién eres tú.

—Y-yo soy Yldar..., hijo d-de Sus.

—Ah, ¿sí? —se burló la voz—. ¿Y qué haces aquí, Yldar, hijo de Sus?

—He venido a rescatar a mis padres —anuncié, implorando que con aquello se apiadara.

—Por supuesto. ¿Y puedo hacerte una pregunta, Yldar, hijo de Sus? Si me respondes te dejaré pasar.

—...V-vale

—¿Cómo son tus padres?

—Son...

Por un momento me quedé en blanco. No sabía qué estaba pasando pero no lograba recordar sus rostros. Nada. Por mucho que me esforzaba no lo recordaba.

—¿Ocurre algo?

—Yo... No logro recordarlos...

—Bueno, entonces dime al menos cómo se llaman.

—Mi madre se llama... se llama... Y mi padre...

Me dolía la cabeza. ¡No recordaba nada de mis padres! Ni siquiera sus nombres. Nada. Yo era Yldar, hijo de Sus... Mi padre debía llamarse Sus... pero en ese momento ese nombre me sonó tan extraño, tan ajeno, tan ridículo.

—Interesante —habló la voz, sin dejarme de clavar aquellos ojos rojos—. ¿Puedes contarme alguna anécdota de tu niñez? ¿El nombre de algún familiar? ¿Puedes recordar acaso si eres virgen?

Me llevé las manos a la cabeza. No recordaba nada. Aunque hasta ese mismo instante había sentido que todos mis recuerdos estaban ahí, ahora que iba a echar mano de ellos no los encontraba. No recordaba nada.

—¿Qué ocurriría si te dijera que nada de lo que tú crees existe? Tus padres no existen. Tu vida aquí no existe. Nada existe y por eso no lo puedes recordar. Porque alguien te ha obligado a vivir una vida que no es la tuya. Tú no perteneces a este sitio, ni a este momento. Tu lugar y tiempo están muy lejos de aquí. Los tuyos también lo están. Por eso todas esas personas que creías conocer desde hace años te son desconocidos. Porque realmente no les conoces. Pero los tuyos no hemos estado tan lejos como crees... hemos estado en los que creías familiarmente desconocidos. Nosotros hemos estado contigo, te hemos protegido a cada paso, en cada callejuela, incluso en ese lugar desconocido al que llamabas casa. Somos los culpables de que te hayas sentido observado, de que te hayas sentido escuchado, de las caricias fantasmáticas. ¿Te sigue asustando verte reflejado en los espejos? ¿Crees que tu propia mirada te observa de manera siniestra desde el reflejo? Lo que ves en ellos es a tu verdadero yo, que te mira, impotente, deseoso de salir. Pero finalmente hemos puesto fin a esta conspiración. Porque Yldar, hijo de Sus, no existe. Porque no estás aquí por casualidad...

La voz hizo una larga pausa antes de continuar.

—Porque tú en realidad eres Espada Negra, el décimo de los erkans. Eres el rebelde que salvó a Vinorg de la tiranía de Johan el Nigromante. Eres el gran Árator de Kellville, tan inteligente que logró engañar al propio Cobra y hacer que él mismo buscara su perdición.

Eres Neruana Akku, bloque de hielo, el hermano de manada de las leónidas. Eres el Maiko Abeja, uno de los cuatro Guardianes del Equilibrio. Eres aquel que jugó con el Diablo y que luchó hasta el final por encontrar el beso de la leónida. Eres aquel que hemos venido a buscar y el único que puede ganar esta última cruzada. El único que puede encontrar la lágrima perdida.

2. Recuerdos robados

Me alejé corriendo de aquellos ojos. Mi cabeza parecía estallar de un momento a otro. Todas esas palabras, sin sentido aparente para mí, me estaban martirizando. Sentía que todo se volvía borroso. Que la cabeza se me embotaba, que prácticamente dejaba de oír todo cuanto acontecía a mi alrededor.

Quise quitarme aquella pesada armadura, me agobiaba. Me sentía atrapado. Pero no fui capaz. No sabía cómo podía quitármela. Continué corriendo por los pasillos, sin rumbo. Ya no oía nada de la batalla.

De repente apareció en uno de los pasillos la mujer de la armadura negra, la monjita. Tras mirarme por un momento comenzó a avanzar hacia mí. Muerto de miedo quise retroceder, pero mis piernas acabaron por ceder y caí al suelo estrepitosamente. Ella tocó algún lugar de la armadura y esta comenzó a replegarse de la misma manera que había aparecido hasta dejar tan sólo un collarín metálico negro alrededor de su cuello.

Se inclinó junto a mí, midiéndome con sus dos ojos negros como la noche, rasgados, como dos almendras. La mujer era de mediana estatura, delgada, aparentemente frágil. Sin embargo, tan sólo había que fijarse un poco para ver que aquel cuerpo atlético bien podía desafiar a rivales de mayor tamaño. Su cabello castaño, muy corto, como un hombre, lejos de afearla le daba un toque atractivo.

Tocó con avidez algún lugar de mi armadura y esta comenzó a replegarse aparatosamente. Una vez me vi completamente liberado, exhalé con fuerza. Ella, con calma pero con velocidad, me quitó el collarín y lo tiró como un trasto viejo. Me cogió con sus manos frías y me obligó a mirarla a los ojos.

—¿Puedes ver? ¿Estás bien?

—¿Ñe...? —fue lo único que acerté a decir.

—Venga, tranquilo —me dijo con suavidad, pero sin dejar de mirar recelosamente hacia los lados como si en cualquier momento fueran a aparecer soldados—. ¿Puedes oírme bien?

La miré, perdido, sabía que me había dicho algo, pero mi cabeza aún no lo había procesado. Si no fuera porque me seguía sujetando la cabeza, probablemente me habría caído. Por fin, mi cerebro descifró lo que me había preguntado.

—... sí —contesté al rato.

—Estupendo —dijo con firmeza, sin dejar de buscar mi mirada para evitar que me durmiera—. Tranquilo. Todo va a salir bien. Pero necesito que te levantes y vengas conmigo. Tenemos que salir rápidamente de aquí.

—¿... quién eres? —logré articular.

—Me llamo Katia —dijo mientras pasaba uno de mis brazos sobre su cuello—. Y te voy a sacar de aquí. Nos levantamos.

Katia no se anduvo con chiquitas. Nada más oyó un ruido que le pareció fuera de lo normal, tiró con fuerza de mí, obligándome a levantarme y comenzó a correr por el pasillo.

En efecto, el instinto de la guerrera no le había fallado: en el mismo lugar donde estábamos una explosión derribó la pared. De no habernos movido las piedras nos habrían aplastado. Del agujero comenzaron a salir soldados. Yo ya había recuperado mi visión y pude verlos con facilidad. Sin embargo, no los identifiqué ni como soldados franceses ni como los guerreros de las escamas de dragón. Estos eran diferentes.

Comenzaron a perseguirnos. Katia les vio y comenzó a tirar de mí con más fuerza, para escapar de allí. Mientras corríamos, activó su collarín y en pocos segundos se vio recubierta de su armadura negra. Extrajo de su cinto la empuñadura de la espada y sacó su flamígera y asimétrica hoja. Sin dejar de correr me dio dos frasquitos de metal.

—¡Guarda esto, te ayudará! —me dijo desde el interior de su yelmo—. Ahora, ¡corre!

Me empujó hacia delante, dándome impulso. Ella se quedó en el pasillo esperando a los soldados. Eran cuatro contra uno. Sin poderlo evitar, dejé de correr y me giré para ver la suerte que corría la guerrera.

Al primero le venció con facilidad. Apenas hubo esquivado el primer espadazo, le hundió su espada en el vientre. Pero ahí acabó todo. El segundo ya estaba sobre ella y la empujó con violencia. Otro de ellos levantó la espada, listo para degollarla.

—¡Eh!

No sé por qué dije eso. El caso es que funcionó y capté la atención de los tres soldados, salvando el cuello de Katia, aunque fuera por unos instantes. Pero... ¿ahora qué? Olvidando a la guerrera, que cayó al suelo fuera de combate, los tres se acercaron a mí con las espadas en la mano.

Con las manos temblorosas, cogí la empuñadura blanca de la espada que me había legado Cauros y que había pendido de mi cinturón todo ese tiempo. Se la mostré a los soldados, con la intención de que se achantaran. Por supuesto, sin éxito.

Tras intentar abrir la hoja sin resultados, tiré el arma al suelo y me puse de rodillas. Levanté los brazos en señal de rendición. El mismo que estuvo a punto de degollar a Katia alargó su espada hacia mi cuello y me acarició con la punta.

Los otros dos sonrieron. El soldado separó la espada y la agarró con ambas manos, dispuesto para rebanarme el cuello. Descargó el filo de su espada sobre mí y yo aguardé mi final con los ojos cerrados.



Sentí cómo mis ojos ardían.

Perdí la consciencia.

Cuando volví a ser dueño de mi cuerpo el espectáculo era horrible. A mis pies yacían los tres cadáveres de los soldados. Uno de ellos tenía todas las tripas fuera. Otro tenía clavada en el pecho la espada de uno de sus compañeros. El último tenía una herida brutal en el cuello, como si un oso le hubiera dado un zarpazo.

Este último aún estaba caliente y agonizaba, ahogándose con su propia sangre. Desconcertado, me miré las manos, que estaban completamente bañadas de la misma sangre que brotaba por la garganta del soldado. Me fijé en sus ojos. Clavaba en mí su mirada con una espantosa mueca de terror, como si estuviera frente al mismo Diablo.

Sin saber muy bien cómo reaccionar, me limpié las manos en uno de los cuerpos, recogí del suelo la empuñadura de la espada blanca y me la prendí al cinto nuevamente. Miré por última vez al soldado agonizante y luego le ignoré para avanzar lentamente hacia la mujer de la armadura negra, que seguía inmóvil en el suelo.

Al acercarme, descubrí en el suelo un colgante. Se trataba del mismo que me había puesto la chica-puma. Seguramente se habría caído cuando Katia me quitó el collarín. Lo cogí del suelo y lo examiné por un momento. Tenía la forma de un escarabajo azul con dos pequeños rubíes que hacían las veces de ojos. Lentamente, me lo puse al cuello. Una vez puesto, agarré con suavidad el escarabajo. Inmediatamente, un orbe azulado se extendió a mi alrededor, como marcando un perímetro. Asustado, lo solté y el orbe desapareció.

Puse una mano en el rostro de Katia, tratando de que volviera en sí, pero lo único que logré fue dejar la palma de mi mano ensangrentada en su mejilla.

En ese mismo instante aparecieron dos soldados más. Estos tampoco eran franceses. Se acercaron hacia mí rápidamente. De manera instintiva, cuando casi se habían abalanzado, agarré de nuevo el colgante. El orbe azulado surgió salvajemente, como protegiéndome en una burbuja de magia, que golpeó con brusquedad a ambos soldados y los mandó por donde habían venido.

Mientras se recuperaban del golpe empecé a correr, sin más remedio que dejar allí abandonada a la mujer de la armadura negra. Me crucé con tres soldados de las escamas brillantes que venían en dirección contraria, me ignoraron, pasaron de largo y comenzaron a luchar contra los otros dos soldados. Sin dejar de huir, fui girándome para conocer el resultado del encontronazo. Los tres escamas de dragón derrotaron sin problemas a los dos y se inclinaron sobre la guerrera para socorrerla.



Ya no sabía cuánto tiempo llevaba corriendo. Lo único que sabía es que ya estaba muy lejos de todo aquello. Había salido de la batalla y había escapado por las callejuelas de la ciudad. Finalmente, había llegado al bosque donde solía cortar madera y me había adentrado en él. Otra vez.

Entonces recordé lo que me había pasado la vez anterior. Avancé con miedo entre los árboles. Si me volvían a atrapar esos bandidos no podría contarlos. Para colmo, empezaba a anochecer a pasos agigantados.

El ruido de agua al salpicar llamó mi atención y me sacó de mis pensamientos. Escuché atentamente. Podía oír el agua correr. Un río. Me percaté que estaba muerto de sed. No recordaba la última vez que había bebido algo.

Guiado por el sonido, avancé cauteloso entre las ramas. No mucho después encontré lo que buscaba: un río pequeño y de aguas tranquilas. Corrí hacia su orilla y me lavé la cara. Luego bebí abundantemente y tras saciarme me quité las botas y me acomodé. El sol estaba a punto de irse, por lo que tenía menos de media hora para descansar en el río antes de que comenzara a hacer frío. Por desgracia, y aunque realmente lo necesitaba, la idea de bañarme me parecía una locura.

Fue entonces cuando lo vi.

Frente a mí, en la otra orilla, bebiendo agua con tranquilidad, se encontraba la criatura más bella que había visto nunca. Se trataba de una mujer joven que, tras beber, soltó la cinta que sujetaba sus cabellos. Su melena decidió volar al viento. Sus mechones ondulados del color de la miel ondearon con rabia, como gritándole al mundo su suave y agradable textura.

Hice apenas un leve movimiento y ella se alertó de pronto de mi presencia.

Sorprendida, alzó el rostro y clavó en mí su mirada. Unos ojos difíciles de describir con palabras, grandes y llamativos, de un intenso color verde sólo comparable al brillante verde de los ojos de los gatos nocturnos, me traspasaron el alma. Yo había visto unos ojos como esos hacía no mucho, en el juicio.

Se levantó serenamente, sin perderme de vista ni por un instante. Era delgada y esbelta, de complexión frágil y delicada. Vestía un vestido blanco y fino, prácticamente transparente, que al levantarse se unió al flamear al viento de su cabellera, dándole un aspecto de leyenda. Parecía una diosa, una diosa salvaje. Sus pies descalzos junto al pelo y el vestido le daban la apariencia de ser la libertad personificada. Parecía una aparición allí detenida en el tiempo, parecía una representación del arte y la cultura de alguna raza superior, parecía una visión tan sólo reservada para la retina de los reyes y emperadores.

Arrugó la nariz, tomando aire, lo que hizo que unos pequeños tatuajes azules que adornaban sus mejillas se torcieran con gracia. Me miró más fijamente aún, si es que eso era posible. Como valorándome,

como tomando una decisión. Yo estaba tan encandilado por su inexplicable belleza que no podía apartar la mirada. Ni siquiera pude preocuparme de que pudiera ser peligrosa.

Entonces ella tomó una decisión.

Llevándose las manos suavemente a los hombros, con un movimiento de dedos ligero y preciso, soltó ambos enganches del vestido blanco. Este cayó al suelo, sin velocidad, ondeando lentamente con vehemencia. Y mientras el vestido caía, un cuerpo escultórico se mostraba ante mis ojos. Como si el tiempo transcurriese más lento de lo normal, pude ver cómo, lentamente, el vestido iba mostrando el desnudo más bello jamás visto.

Tras unas clavículas bien definidas que daban fin a un cuello largo y esbelto, unas pulgadas de pecho de terciopelo prometían mostrar algo aún más asombroso. Y, en efecto, tras aquellas interminables pulgadas de pecho, pude ver el comienzo de los dos senos. Los morenos pechos de la muchacha eran de un tamaño generoso, pero ya desde el comienzo se adivinaban firmes. La perfecta forma de estos se coronó entonces con aquellos dos pequeños pezones que apuntaban ligeramente al cielo. Cuando el vestido me permitió verlos por completo, incluso quise creer que la suave caricia del vestido al caer había podido estimularlos en apenas una fracción de segundo. El vestido continuó cayendo, mostrando una delgada cintura, de unas proporciones imposibles para una humana, y un vientre plano y firme cuya suavidad podría defender a muerte sin siquiera haberlo tocado. Su cadera era ancha y los huesos de la misma se marcaban levemente a cada lado, como un símbolo de fertilidad. Tímidamente, el vestido mostró también un pubis aún más suave y aterciopelado que el vientre, que fue el precursor de la feminidad más deseable jamás vista. Tras dejar ver unos muslos tersos, fuertes y morenos, el vestido pareció entonces caer de golpe con brusquedad hasta los pies. Como si el mundo volviera a transcurrir a la velocidad habitual.

La diosa dio un paso, metiendo uno de sus pies en el agua fría. Pareció no ruborizarse siquiera. Seguía manteniendo fija en mí su mirada felina, salvaje. No me había dado cuenta, pero a lo largo de su cuerpo había también estilizados tatuajes tribales, compuestos de líneas y puntos. Aunque el azul eléctrico de los tatuajes resaltaba graciosamente sobre su piel morena, la disposición de estos entraba en

perfecta conjunción con su cuerpo desnudo, como si formaran parte de él, como si no se pudiera concebir ese cuerpo sin aquellas bellas marcas surcándolo.

Dio un paso más y se metió en el río hasta las rodillas, sin dejar de mirarme. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que estaba avanzando en mi dirección. No supe reaccionar. Ella se metió entonces hasta la cintura. El sol se ocultó por completo y tan sólo se podía ver tenuemente su cuerpo desnudo y el resplandor de su reflejo en las cristalinas aguas.

Sus ojos gatunos se desviaron un momento hacia el río y luego volvió a mirarme, desafiante. Con un rápido movimiento se zambulló por completo en el agua. La perdí de vista. Pasaron unos segundos eternos. Las aguas que habían engullido a la muchacha estaban tranquilas, como si ella nunca se hubiera sumergido en ellas, como si nunca se hubiera desnudado ante mis ojos, como si nunca hubiera estado bebiendo aquel atardecer en la orilla.

Entonces de las aguas pareció asomar la negra cola de una criatura grande. Pero solo por un momento. Pensé que era producto de mi imaginación hasta que algo negro asomó la cabeza, esta vez un poco más cerca. A pesar de que no supe de qué criatura se trataba, por algún extraño motivo, como hechizado, no me asusté, ni siquiera retrocedí. La cabeza volvió a desaparecer, sumergiéndose.

De nuevo el río quedó tranquilo, como si nada hubiera pasado. Entonces, apenas a unos metros de mí, emergió ella. Con el pelo mojado, desnuda, generando una fatídica atracción que me impedía dejar de mirar. La muchacha también me miraba, fijamente, como un tigre que observa a su presa. Se acercó a mí lentamente, saliendo por completo del agua mientras las gotas hacían carreras por todo su cuerpo.

Nervioso por primera vez, me puse de pie y di un paso hacia atrás. Ella avanzó con suavidad y se detuvo muy cerca de mí. Tan cerca que sus húmedos pechos por poco rozaban mis vestiduras. Era apenas unas pulgadas más baja que yo y me miraba directamente a los ojos, como si pudiera ver más allá. A pesar de que no pude apartar mis ojos de los suyos, pude apreciar cómo de cerca era todavía más bella. Noté cómo se apoderaban de mí unas ganas irrefrenables de acariciar su piel desnuda y mojada.

Aunque me extrañó no haberme fijado antes, ella llevaba un collar pendiendo de su esbelto cuello. De una cadenita que, por lo visto, algún día estuvo bañada en oro, colgaba un viejo adorno con un dragón grabado en plata. Por lo que parecía, el collar debía tener varios años de antigüedad.

Lentamente, alargó la mano hacia mi cuello. Yo me dejé tocar. Cuando su mano finalmente me tocó experimenté un torrente de sensaciones. Al principio su mano estaba fría porque estaba mojada, pero al segundo siguiente pude notar una extraña sensación de reconforte que, si bien no era calor como tal, fue suficiente para desear que aquella mano nunca dejara de tocarme.

Después de la primera mano vino la otra y suavemente las bajó hacia mi pecho, desabotonándome la camisa. Luego, lentamente me despojó de ella, dejando mi torso completamente desnudo. Se acercó a mí unas pulgadas más, lo suficiente para que sus pequeños pezones tocaran mi pecho, casi coincidiendo con los míos. Volvió a acercarse un poco. Esta vez, su pecho se apretó ligeramente contra el mío, permitiéndome apreciar que ciertamente estaba muy caliente

Pero yo no podía apartar mi mirada de la suya, atigrada. Lentamente, sin más palabras que su respiración, comenzó a acercar sus labios a los míos. Sus labios se veían perfectos, cincelados por el mejor de los escultores. Una de sus manos subió lentamente por mi pecho, acariciándome, hasta llegar a mi cuello, justo debajo de la oreja, donde me tomó con delicadeza, como guiando mi cabeza hacia ella.

Y me besó.

Al principio fue suave, lento, tímido, como pidiendo permiso. Sus labios eran finos y esponjosos al mismo tiempo y su lengua aterciopelada y fresca apenas traspasaba la barrera de mis labios. Todo mi vello se erizó y por un momento todos mis sentidos se aguzaron. Cada poro de mi piel sentía el calor que emanaba aquel cuerpo perfecto, cálido y tibio a la vez. Podía oír perfectamente las ramas de los árboles mecidas por el aire y las tranquilas aguas del arroyo fluir sin descanso. Pude oler perfectamente el perfume al que olía ella. Era fresco y un poquito dulce, pero no supe reconocer el origen de la fragancia, como si nunca antes hubiera olido nada similar. Sin embargo, mi subconsciente no estuvo de acuerdo y con pequeño pinchazo en la cabeza me forzó a recordar una flor.

«Tulipanes.»

Rápidamente deseché esa idea sin sentido. Bien era sabido por todos que los tulipanes eran flores que no tenían olor.

Ella comenzó a besarme un poquito más intensamente. Entonces, mi subconsciente respondió con otro pinchazo, esta vez un poquito más intenso. Como en tantas otras ocasiones a lo largo del día, mi mente trataba de establecer relaciones sin éxito. En ese momento fui consciente de que todavía no había asimilado todo lo que había sucedido hacía horas. Ni siquiera estaba asumiendo lo que estaba sucediendo en ese mismo instante. Aquella muchacha no me dejaba pensar con claridad.

Lentamente, separó sus labios de los míos, despegándolos poco a poco. Ambos abrimos los ojos y nos miramos fijamente. Inmóvil, ignoré el dolor de cabeza que me causaba mirar aquellos ojos. Sin poder evitarlo, llevé mis manos a sus generosos pechos. Su textura lidiaba con perfecta precisión entre el término firme y el término suave. Parecían moldeados por el mejor de los artesanos. Bajé mis manos por su cintura, suave como ninguna, y llegué finalmente a sus caderas, guiado por sus tatuajes azules.

Ella mientras tanto había llevado sus manos a mis pantalones y me había empezado a acariciar. Cuando quise percatarme, yo también estaba desnudo. Ella juntó su cuerpo al mío y me tumbó sobre la hierba, fría. A pesar de que tenía la espalda helada, el calor del cuerpo de la muchacha sobre mi pecho me bastaba para mantenerme caliente.

Aunque, como dijo la extraña voz de los ojos rojos, yo no podía recordar ni siquiera si era virgen o no, lo que ocurrió aquella noche fue, de alguna manera, como algo familiar y lejano. Algo mágico y único que al mismo tiempo me resultó cercano y reconfortante, como si yo perteneciera desde siempre a aquel cuerpo moreno moldeado por el barrero más grande de la historia.



A la mañana siguiente todo había parecido un sueño. No había ni un solo indicio de que todo lo que había pasado el día anterior fuese real. Sólo frío. Mucho frío. Aún no había amanecido y el quedarme dormido cerca de un río no había sido la mejor de las ideas.

Busqué a la muchacha por los alrededores, sin éxito. Cuando me di por vencido, volví al lugar donde yací con ella —o soñé haber yacido con ella— y me senté, derrotado. Ni siquiera había visto su blanco vestido en la orilla de enfrente. Quizás cuando el sol saliera e hiciera algo más de calor podría cruzar el riachuelo a nado para comprobar si realmente ese vestido podría haber estado ahí.

Finalmente, de la forma más inesperada, encontré la única evidencia que podía probar que nada había sido ficticio. Sobre la hierba cubierta de rocío, justo en el lugar donde habíamos dormido, descansaba un pequeño objeto en un lugar bastante visible. Me pregunté cómo demonios se me podría haber pasado mirar precisamente ahí mientras alargaba la mano y tomaba el objeto con delicadeza para examinarlo.

Se trataba de una pequeña lágrima de cristal que irradiaba una tenue luz blanquecina. Su tacto era increíblemente suave y parecía a todas luces una pieza perfecta. Era de la mitad del tamaño de mi pulgar y tenerla en la palma de la mano me reconfortaba. No se trataba sólo de su agradable tacto, sino que de repente me sentía bien conmigo mismo. Como si todo de pronto fuera mucho más claro. Incluso me olvidé del frío. Inundado de esa fantástica sensación, guardé la lágrima de cristal en uno de mis bolsillos y me senté sobre una roca grande y plana.

Esperando a los primeros rayos, con la mirada perdida en las tranquilas aguas del río traté de poner en orden todos los extraños sucesos que habían acontecido el día anterior. Una parte de mí me gritaba que nada de eso era posible y que si regresaba a la ciudadela todo seguiría como siempre.

Pero no. La otra parte me chillaba que todo había sido horripilantemente real. El juicio, la lucha, la sangre, los muertos... Habían matado al arzobispo y al jurado. Aquellos desconocidos que habían atacado la ciudad parecían haber salido de la nada. Y, luego, toda aquella extraña conspiración en la que incluso Manrique Alamán tomaba parte. Por no hablar de los magos, los rayos y aquella criatura de tres cabezas que Apmajuju remató. ¿Y qué había pasado con mis recuerdos? ¿Por qué no podía recordar ni siquiera a mis padres?

Estaba tan sumido en mis cavilaciones que no les oí acercarse.

Cuando quise darme cuenta, ya me habían rodeado. Un hombre con frondosas patillas me sonrió.

—Parece que el destino nos vuelve a reunir —me habló el bandido—. Y si estás pensando en tirarte al río y nadar más vale que lo descartes.

Siguiendo la mano del bandido, pude ver cómo dos de los asaltadores llevaban arcos cortos en las manos y me miraban con unos ojos que prometían no errar el tiro. Miré rápidamente a todos, serían más de diez y todos iban armados. Eran los mismos que estuvieron a punto de matarme hacía unos días.

—Cogedle —ordenó el de las patillas—. Vamos a la ermita. Estaremos más resguardados allí. Y nadie le oírà gritar.

Maniatado y golpeado, me llevaron a través del bosque hasta lo que parecían, en efecto, las ruinas de una vieja ermita. Me empujaron de malos modos con ellos al interior del edificio abandonado.

Allí tenían su pequeña guarida, acomodado con algunos jergones de pajas, mesas con comida y objetos varios, de los cuales muchos eran armas. De un empujón me tiraron al suelo y me rodearon. El de las patillas dio un paso al frente, mirándome sarnoso, con ganas de terminar lo que había empezado días atrás.

—Así que te has escapado de la carnicería en la ciudadela, ¿eh? —gruñó, sosteniéndome la mirada—. Hasta para eso son inútiles... ¿No te ha servido de nada refugiarte bajo las faldas de Manrique Alamán?

—Manrique murió ayer por la mañana —informé a media voz.

Los bandidos se miraron entre ellos, como sopesando si aquella información era creíble. El de las patillas continuó hablando.

—¿Desde hace cuánto conocías a Manrique Alamán? —me interrogó.

—Desde el mismo día en el que os conocí a vosotros.

—Mientes.

—Lo juro. Yo... he perdido la memoria.

—Eso nos habían dicho —me dio la razón uno de ellos—. Pero no podemos estar seguros.

—Yo creo que podemos sacárselo con el cuchillo —propuso otro.

—Antes del cuchillo yo me lo quiero joder —dijo el que quizás era el más grande de todos con una ponzoñosa mirada—. Luego hacéis con él lo que queráis.

—Yo también me lo quiero joder —dijo el de las patillas, mirándome con lujuria—. Pero primero vamos a darle de palos. Luego nos lo jodemos y luego lo matamos.

—¡No, por favor! —imploré, temblando de miedo—. No recuerdo nada, ¡lo juro! No recuerdo a mis padres, ni hechos de mi infancia, ni siquiera si soy virgen...

—Eso nos lo puedes contar en diez minutos —dijo el de las patillas mientras hacía una seña a uno de ellos—. Y ya veremos si sigues diciendo lo mismo o si empiezas a recordar.

El de las patillas se retiró y uno de ellos avanzó. Todos abrieron el círculo con morbo, deseosos de ver la paliza. El que había avanzado se crujió el cuello ruidosamente y los nudillos. Luego me sonrió, grotesco.

Deseé con todas mis fuerzas recordar. Deseé recordar para poder decirles lo que quisieran y que me dejaran en paz. Quería recordar. Recordar. Recordar todo.

Algo dio un destello blanco en uno de mis bolsillos.



Y lo recordé todo.

Mi madre, Moifás O'Curum, el monasterio de Roquel, mis amigos Untric y Apmajuju, mis aventuras por Vinorg tratando de encontrarme a mí mismo, la espada negra, Adriana de Morina, la princesa Elora, la Espada del Diablo, Tara, *El Apoteosis*, Mely, Melchor, los erkans, los Guardianes del Equilibrio, la Congregación Anual de Hechiceros, Dhú Coverte, Katia, Cauros, Cortur, Johan el Nigromante, Cobra, el campamento de leónidas, el viaje a Nadsgar... Nife.



Todos miraron a su compañero, deseosos de que pasara a la acción cuanto antes. Nada mejor que unos buenos puñetazos para abrir el apetito. El más grande de ellos dejaba ver cómo algo empezaba a marcarse a través de sus pantalones mientras que otros tres apostaban por cuántos golpes aguantaría su prisionero antes de caer.

Tan sólo el que iba a comenzar con la paliza advirtió cómo algo destellaba en el interior de unos de los bolsillos del hombre al que iba a atizar. No sólo eso, también se percató de cómo, durante un segundo, el prisionero cerraba los ojos con fuerza, como haciendo un sobreesfuerzo.

Cuando volvió a abrirlos, el que le devolvió la mirada no era en absoluto el mismo que segundos antes temblaba de miedo. La mirada vacía y seria que se afincaba tranquilamente en las cuencas de aquel hombre daba cierto pavor. Como si no tuviera ningún tipo de miedo, como si el que iba a empezar a golpear a alguien fuera él.

Los gritos de sus compañeros no le dejaron pensar más.

—¡Pártele las napias!

—¡En las costillas!

Volviendo a su actitud inicial, alzó el puño derecho y se lanzó contra la cara del prisionero. El hombre no se movió, impasible, hasta que el puño estuvo bastante cerca de su cara. Con un movimiento leve, echó la cabeza a un lado, dejando pasar el puñetazo de largo. Moviéndose rápido, pero con insultante calma al mismo tiempo, se hizo a un lado, haciéndose con el brazo que había fallado el puñetazo. De un golpe seco en el codo, lo partió con muchísima brusquedad. El «crac» dejó el interior de la ermita abandonada en el más absoluto de los silencios.

Rellenando ese silencio, el bandido gritó con fuerza. Sin perder la calma, el hombre extrajo el cuchillo de su contrincante de su propia funda y con un movimiento rápido lo hundió hasta el fondo en sus genitales. El herido primero chilló con todas sus fuerzas, luego perdió el conocimiento.

La sala se sumió en un incómodo silencio.

—Es verdad —musitó el hombre a media voz, con un tono que en absoluto se correspondía con el que habían escuchado los bandidos hasta ese momento—, aquí nadie os oirá gritar.

Uno de ellos reaccionó abalanzándose sobre él con un machete. Nuevamente, el hombre esperó con inaudita calma a que el bandido le alcanzara. Esquivó las dos primeras estocadas con un movimiento corto, rápido y justo. Sin desperdiciar energías. Como si de sobra supiera dónde irían dirigidos los golpes.

Sin amedrentarse, el bandolero le asestó seis golpes más. El hombre los esquivó sin esfuerzo. Asustado, el bandido vaciló. Ante la

atenta mirada de todos sus compañeros, los ojos del hombre se cruzaron con los de su compañero y chispearon ligeramente en un tono esmeralda. El bandido se quedó entonces quieto, como en trance.

—Sácate los ojos —ordenó sereno el hombre.

—Sí...

Ante los estupefactos ojos de todos, su compañero se llevó los dedos a sus cuencas y con un chillido se arrancó ambos ojos. Nadie supo cómo reaccionar ante el sádico espectáculo. El bandido aguardaba de pie, gritando, de dolor, con ambos ojos en las manos, perdido de sangre. El hombre se acercó sin vacilar y, al igual que había hecho con el otro, le robó el cuchillo que pendía de su cinto y de un tajo limpio le rebanó la garganta. El hombre cayó muerto con un ruido sordo.

—*Porloa, feu* —susurró en un extraño idioma.

Las puertas de la sala se cerraron de golpe. Uno de los hombres intentó abrir desesperadamente una de ellas, sin éxito. Estaban encerrados.

Todos los presentes fueron testigos de cómo los brazos del hombre se llenaban de escamas esmeraldas y cómo sus manos se transformaban en afiladas garras negras. Las botas del hombre estallaron, dejando ver unas enormes garras donde antes hubo pies. La piel de su rostro se volvió también esmeralda y sus ojos comenzaron a brillar, mientras tomaban la apariencia de los ojos de un reptil. Incluso sus cabellos parecieron cambiar de tono y de su frente emergieron dos cuernos negros y afilados, del tamaño de un dedo índice.

De un salto imposible, la criatura se subió a las vigas y comenzó a moverse ágilmente como una lagartija. Se dejó caer cerca de los bandidos y ahí empezó la verdadera carnicería. Mientras todos trataban inútilmente de salvar su vida, el ser iba desgarrando sus cuerpos a zarpazos, mordiscos y cornadas. Cualquiera que hubiera visto antes a un erkan en su transformación plena, sabría que Árator de Kellville podría haber matado a todos de una manera más rápida y menos dolorosa. Pero cualquiera que hubiera visto a Árator de Kellville enfadado sabría que el erkan podía llegar a ser realmente imaginativo con tal de desahogarse.

Tan sólo uno opuso resistencia con valentía y ese fue el único que encontró una muerte rápida. El erkan dejó a dos para el final. Uno seguramente sería el más grande de todos. Otro tenía grandes y sucias patillas.

Adoptando progresivamente la forma de un humano, el erkan anduvo tranquilamente hacia ellos, que se acorralaron contra una pared. En el rostro manchado de sangre de Ártator aún reinaba aquella expresión vacía y serena, como si nada de aquello pudiera turbarle.

—Piedad... piedad... —murmuró el más grande.

—Os daré la misma piedad que me disteis a mí —habló el erkan, pausadamente—. Durante muchos años he aprendido que la venganza es un pecado que con frecuencia se paga caro y acaba por envenenar el alma. Sin embargo, he de admitir que vez en cuando sienta hasta bien.

Antes de que el de las patillas pudiera abrir la boca, el erkan logró captar ambas miradas, dejando a los dos en trance.

Lo que les ordenó hacer a continuación fue digno de la mente más retorcida y calculadora, algo capaz de causar arcadas incluso a los más imperturbables. Sin embargo, el erkan ni siquiera titubeó al hablar. No dudó ni un instante. Permaneció pétreo e inamovible, como si semejante atrocidad no le causara el más mínimo sentimiento, ni negativo ni positivo. Curiosamente, lejos de lo que se pudiera esperar de alguien deseoso de venganza, habló con calma, con aplomo, como si ni siquiera el fervor y el odio fueran los culpables de aquello.

Diez minutos después, el silencio volvía a reinar en la ermita. Tan sólo en ella esperaba el erkan, recostado en una de las sillas. A pesar de que al principio no había querido ver el espectáculo que había ocasionado, al rato se había visto forzado a interrumpirlo. Aunque le había parecido una idea estupenda mientras la profería, cuando la escena se prolongó más de un minuto no pudo evitar quitarles la vida a los dos de una manera más tradicional.

Ahora esperaba serenamente. Entonces empezó a escuchar ruidos fuera de la ermita y en el techo. Se incorporó y sonrió con una media sonrisa, sabedor de su significado.

Como coordinándose con aquella sonrisa, partes del techo comenzaron a venirse abajo y de ellas comenzaron a caer seres. Al mismo tiempo, las tres puertas de la sala reventaron y por ellas comenzó a entrar gente.

Los minotauros, los guerreros de las escamas de dragón, los huarzos, goblins y el resto de las personas y criaturas fueron entrando despacio, en silencio, y se arrodillaron en torno al erkan con solemnidad.

Cualquiera que hubiera apreciado semejante escena desde fuera no habría podido evitar que todo su vello se erizase ante tal grandeza. Todos aquellos seres enormes, todos aquellos animales y todos aquellos guerreros tan aguerridos postrados ante un solo hombre, que parecía minúsculo ante la multitud pero que al mismo tiempo destilaba una palpable grandeza ante la potencia de esa escena muda.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. Una de las guerreras, la que parecía estar al frente de todo aquello, alzó la cabeza y le miró a los ojos directamente.

—Bienvenido, Espada Negra —le dijo Katia, con una sonrisa en los labios.